

DIA INTERNACIONAL DE LA MUJER

8 de Marzo

He aceptado con mucho agrado la invitación de la Ministra Directora del Servicio Nacional de la Mujer, Sra. Soledad Alvear, para asistir a este acto de celebración del Día Internacional de la Mujer. Una vez más conmemoramos los dolorosos acontecimientos de Chicago, que nos recuerdan que las mujeres han debido recorrer un largo camino luchando por una igualdad de oportunidades en la sociedad, camino por el cual aún queda mucho por recorrer. Si este objetivo, que ha sido colocado entre las prioridades del gobierno del Presidente Aylwin, no se encarna en políticas eficaces y adecuadas, llegaremos al Siglo XXI con más de la mitad de la población limitada en sus potencialidades. Es por ello que quiero, en estos breves minutos, aprovechar la oportunidad para destacar la gran importancia que tiene esta tarea cuando se la mira desde la educación y la cultura.

No me voy a referir a lo que, en mi labor como Ministro estamos realizando, pues será la Ministra Alvear (Soledad) quien informará de las tareas en marcha en el gobierno. Quiero, más bien, reflexionar sobre la importancia que tiene la

educación para la mujer. Creo que no habrá cambio significativo en la condición de la mujer, ni siquiera en sectores de extrema pobreza, donde se están asignando importantes recursos materiales para mejorar su situación, si ello no va acompañado de un cambio cultural. Es necesario crear una mentalidad distinta, a través de la cual la mujer se vea a sí misma, y ^{así mismo} los demás la vean como una igual, -- con sus defectos y cualidades, como todos nosotros -- pero respetada y querida como a una igual, sin desconocerle legitimidad en ningún ámbito de existencia. Se requiere formar una mentalidad diferente, que genere una actitud de respeto, que no discrimine a una persona en razón del color de su piel, del dinero que tiene, ni menos del sexo con que nació. Lamentablemente aún hoy uno de los obstáculos más difíciles de superar son los sistemas de transmisión cultural, entre ellos la escuela, que continúan produciendo mensajes que deterioran la imagen social de la mujer.

A mi juicio, existen dos aproximaciones diferentes pero complementarias en el tema de la participación femenina: por una parte está el derecho fundamental que ellas tienen, como todos los seres humanos, a no ser discriminadas por el hecho de ser mujer, y

con ello, la pérdida que la sociedad sufre al excluir de la vida pública la riqueza de esa mirada.

Pero por otra parte, y esto nos atañe muy directamente, está el tema del rol de la mujer en el desarrollo, y su aporte a la construcción de una sociedad que entra en la modernidad.

La educación formal, pese a sus deficiencias, ha sido el gran instrumento que ha servido a las mujeres desde hace ya más de un siglo y medio, para desarrollarse, ampliar su pensamiento y su horizonte, plantearse metas cada vez mayores, y avanzar hacia una nueva definición de su rol en la sociedad, donde su aporte es cada vez más importante.

En este sentido, quiero referirme a la estupenda tarea que están realizando muchas y muy capaces mujeres, tanto en cargos de gobierno como en el parlamento y otras instituciones del estado. También ellas desarrollan iniciativas propias en las universidades, establecimientos educacionales y, en forma masiva, en las organizaciones sociales, particularmente a nivel local. Estas actividades nos muestran que el cambio cultural está en marcha, que allí está en acción la capacidad organizada de la mujer, su

interés por participar en la construcción de nuestra sociedad democrática de hoy, y de mañana. Su integración a la vida ciudadana es un aporte indispensable y a la vez, constituye un espacio de participación y realización personal indiscutible para las mujeres.

Pero esta vez quiero referirme especialmente a los desafíos que surgen del tipo de modernidad a que aspiramos. Las exigencias que surgen de un mundo donde las fronteras tienden a desaparecer, en el cual la economía es cada vez más interdependiente y global, nos indican que una sociedad no puede, desde este punto de vista, prescindir del aporte calificado y eficiente, creativo y participativo, de más de la mitad de su población. Vistas las cosas como están hoy día, replantearse el rol que le cabe jugar a la mujer en el desarrollo es una tarea de todas y todos.

Sabemos que los desafíos actuales requieren de economías más abiertas y competitivas. Ello plantea la necesidad de insertarnos en el mundo nuevo que los avances de la tecnología, la producción, el transporte y el comercio han ido forjando. Sin por ello dejar en el olvido nuestros valores y nuestras convicciones morales, nuestra pasión por luchar contra la discriminación, la injusticia y la

pobreza. Pero no existe capacidad real de inserción hoy en un mundo sin fronteras, donde tendremos que competir, si no abordamos el tema de que, en definitiva, no se compite exportando productos o materias primas, sino que se compite cuando lo que está exportando es la materia prima más el conocimiento que se agrega. En consecuencia, lo que está hoy en competencia es el conocimiento, es la tecnología que se acumula en el producto que se envía afuera, es el servicio que se da. Y todo eso es conocimiento, y conocimiento es saber, y saber es educación. Lo que está en competencia, en último término, son sistemas educativos que van a determinar la capacidad real de insertarnos en un mundo que no tiene fronteras.

Nosotros, en Chile, hemos tenido una gran expansión de nuestro sistema educativo en términos cuantitativos, pero es cierto también que tenemos una tremenda diferencial en calidad. Hay una educación privada pagada de mejor nivel que la pública; no estamos aprovechando el capital humano real de nuestro país, cuando por este sólo hecho un número importante de niños y jóvenes van al colegio pero luego devienen en analfabetos funcionales. Es el caso de muchas mujeres. Ellas se han integrado plenamente a la

educación, participando en igual número que los hombres, pero esa educación que reciben favorece su discriminación. Lo más grave es que esta tendencia se acentúa en los colegios más pobres. En educación se puede decir que ser mujer y ser pobre es causa de doble discriminación. Por eso, cuando ellas se integran al mercado de trabajo, pese a que tienen en promedio, un mayor nivel educacional que los hombres, su ingreso promedio es aproximadamente la mitad que el de los trabajadores varones.

Si los colegios continúan reproduciendo y reforzando actitudes tradicionales en las niñas, si con ello favorecen la docilidad, la sumisión, la pasividad, ¿que capacidad de valorar las destrezas y habilidades que con tanto esfuerzo están incentivando los proyectos de mejoramiento de la calidad de la educación, si las niñas solo se pueden visualizar a sí mismas como futuras esposas y dueñas de casa? ¿podrán aportar creativamente a una sociedad en proceso de cambio acelerado?, ¿cual puede ser su incidencia en una sociedad abocada a la tarea de competir en un campo donde se requiere cada vez mayores y mejores conocimientos. Saber es educación, educación de calidad, educación pertinente, que responda a las necesidades

de los sujetos, respetando su diversidad. Para que tanto las niñas como los varones obtengan una educación de igual calidad, se requiere que ellas también puedan desarrollar actitudes que favorezcan la creatividad, la autonomía, el liderazgo, la participación, que estas virtudes no les estén vedadas, y ellas puedan legítimamente levantar vuelo, al igual que sus compañeros, aportando creativamente a los nuevos desafíos de un mundo en permanente cambio.

Así, el tema de la equidad es un tema de derechos que se expresa en la igualdad de oportunidades y también de *las* necesidades de nuestra sociedad que hoy día emergen desde los desafíos del desarrollo.